

mi hombre tiene ese algo
tan... tan de hombre



Suaves y deslizantes
afeitados eléctricos, aún
en días de calor y
humedad! ELECTRO
MASAJE KAMEL
facilita definitivamente
el pasado de la máquina
eléctrica, dejando su
rostro suave y
recientemente natural.
Casi perfumado. Con
ese algo tan... tan de
hombre.

ELECTRO MASAJE

kamel

(SOLRIZA, S. A.)

para el sexo (muy) fuerte

Es un producto de la serie KAMEL

wesker en españa

El estreno de «Raíces» en el Valle Inclán —dirección de José María Morera— incorpora a la escena española el nombre de uno de los autores más importantes del moderno teatro británico. Naturalmente, quien lo ha traído es un hombre joven, el mismo que presentó «Los físicos», de Durrenmatt; el mismo, por otra parte, que ha de alternar sus decisiones positivas con pasivas asomisiones a la mediocridad de nuestra escena profesional. Arriesgándose con Durrenmatt o Wesker y cubriéndose con abritas exclusivamente escritas para el consumo.

Arnold Wesker responde perfectamente a las características dominantes de lo que, muy literariamente, se llamó generación de los «jóvenes citados». John Osborne, con «Mirando hacia atrás con ira», había sido su profeta. Kenneth Tynan, al entonces crítico del Observer, sería en seguida su defensor y su teórico.

¿Cuáles eran las raíces de esta nueva generación literaria? Existía un hecho generacional determinante, tal y como piden los Petersen, o nuestro Pedro Salinas: la liquidación de Gran Bretaña como primera potencia internacional. Es un dato singularmente importante para nosotros, los españoles, porque en él encontramos la explicación de ciertas analogías existentes entre nuestro 98 y los jóvenes coléricos. Otro factor, sin embargo, distancia a ambos movimientos literarios. En España, el 98 no alteró apenas el curso epidémico, la marcha de la historia. Cierta que en el subsuelo comenzaron a fermentar una serie de posiciones de signo contrario a aquella malparada y falsa grandeza de la Restauración, pero se trataba sólo de la prehistoria de un posible futuro distinto. En el presente, las grandes palabras de los estamentos retores fueron iguales antes, durante y después del Desastre. Los problemas del honor —con su lenguaje viejo de tres siglos, como escribía Valle Inclán— ocultaban y usurpaban la realidad.

En Gran Bretaña no ha sido así. La ascensión de Atlee al poder está estrechamente vinculada a un nuevo estado social en el que han perdido sentido muchos principios históricos. Las clases populares ascienden y ejercen su presión en la medida que el país se libera de sus razones imperiales. La aristocracia conservadora se encuentra con menos argumentos emocionales y económicos para satisfacer al hombre medio. El tono de la vida inglesa cambia, pues, en seguida. Ser inglés no significa ya un privilegio espiritual.

Hay que pensar que un Wesker, un Osborne, un Behan, o una Delaney, no son universitarios que renieguen del pasado social de su clase. No son —como ocurría con nuestro 98— hombres adscritos a la burguesía del país que se resisten a aceptar los módulos ideológicos de la misma. No, no. Los nuevos autores ingleses llegan desde fuera de esa burguesía. Probablemente sin la opoia del esplendor británico, sin esa nueva situación de la Isla —obligada a planificar y resolver, a costa de una política internacional inhibitoria y un tanto miserable, los problemas de una economía sin imperio—, ni Wesker, ni Osborne, ni Delaney, ni Behan, habrían escrito jamás. A ninguno se le hubiese ocurrido participar en un mundo literario al servicio de la sociedad conservadora, que era, por otra parte, el único que asomaba a los escenarios. Incluso la educación de alguno de ellos habría sido distinta. Y, en todo caso, si hubiesen hecho oír su voz irrespetuosa, habrían sido condenados al silencio, igual que cuando desde el salón de visitas se oyen los gritos de la cocinera.

Esta es, me parece, la raíz sociológica de la nueva generación de autores británicos. La cocina ha entrado a ser reconocida como parte de la casa, y los cocineros han resultado ser tan inteligentes o más que sus patronos. Unos y otros se han puesto a hablar. Nuevas acentos, nuevas palabras, nuevas ideas, han entrado en la escena británica. En el juego de recriminaciones han puesto las dos partes su esperanza: una, de ascender; la otra, de salvar lo que se pueda.

«Raíces», segunda obra de una trilogía, se presta a la mayor complejidad del espectador español si no se esfuerza por considerar estas cosas. Alguien quizá hable erróneamente de «sainete», cuando entre «Raíces» y el sainete español existen varias diferencias fundamentales: una, que no se trata de una exploración en las clases más débiles, sino la voz de esas clases. Es decir, que Wesker no es un hombre que vaya a las barrias populares —como nuestro Arniches o el Higgins de Shaw— a tomar unos datos o unos bocetos con los que luego, en su casa céntrica y confortable, trabajar artísticamente. Lo que él maneja es, por el contrario, la materia de sus propias vivencias e ideas, sus reflexiones sobre ese mundo proletario que es el suyo. La otra diferencia importante, derivada de la primera, es el sentido político de la obra de Wesker. Para la mayor parte de nuestros sainetistas, el ablatamiento, el tipismo histórico, de los sectores populares es casi una bendición. Para Wesker es una tragedia política.

Ignoro cuál será el destino comercial de Wesker en España. Yo recuerdo que vi en Londres su «Patatas fritas a voluntad», y que el teatro se llenó durante varios meses. Es un autor tremendamente difícil para nuestros actores y no sé si para nuestro público. La «declamación» no existe en absoluto. El gesto corporal adquiere una enorme importancia. Flota un sobrentendido entre él y su espectador, necesario para que la obra sea realmente entendida. No es un naturalista ni un dicharachero, al modo de gran parte del teatro español moderno...

En cualquier caso: Bien venido sea Arnold Wesker a la escena española.

JOSE MONLEON